

Vendedor de iguales

He cerrado los ojos y he visto — ¡que ironía!—, he visto la ceguera, he visto una patética imagen de la bíblica familia como nadie ha osado jamás representarla; pero como podría, sin embargo, fácilmente representarse sin recurrir a un magín demasiado fantaseador con sólo asomarse a cualquiera de los viejos barrios murcianos; aquellos barrios en que hedían a orín las paredes y a excremento las piedras y la hiedra; aquéllos que, afortunadamente, ha llevado para siempre la piqueta municipal, decisión demoledora que por primera vez se aplaude (no siempre va a ser criticar), porque aquella Murcia era sencillamente lamentable. No había en ciertos dédalos de calles sanjuaneras y sanantolineras nada que moviese a la alegría; todo era miseria, abandono, cieno, estiércol, incuria, decrepitud, pena, ceguera.

¡Qué serena rebeldía y honda pena me inspiraba a mi aquella pobre, desamparada, familia de una barriada murciana cuyo nombre voluntariamente oculto! Pobres de solemnidad. Ciego él. Ciega ella. Y el hijo... Cuando el hijo preguntaba con voz de mariposa mustia:

— ¿Qué seré de mayor?

Sus mayores respondían, resignados:

— Ciego; de mayor serás ciego.

Y es que el niño tenía en ambos ojos unos nublos congénitos, unos nublos densos que velaban sus pupilas, ahogándoselas con un tinte de metal a punto de oxidamiento. Su destino era claro, indetenible, estaba marcado: a medida que fuesen pasando los años iría el velo corriéndose, extendiéndose, engrosando, hasta separar, del todo, implacablemente, al pequeño del mundo visible, del universo de la imagen. Pero para aquella resignada familia tan cruel perspectiva no representaba, al menos en apariencia, una irremontable tragedia. Quiá. Aceptaban el sino como una consecuencia lógica. Consecuencia ¿de qué? ¡Quién sabe si no implacable castigo por un lejano e inconfesable pecado! ¡Y por qué había de ser el pequeño el penitente, el expiante, el purgante...! ¡Por qué la inocente criatura...! Dejémoslo, si os parece, porque, en caso contrario, rondaría uno con adentrarse en terrenos trágicos, quizá lagrimeros, de continuar hurgando en los entresijos de estos destinos inescrutables.

—Ciego; de mayor serás ciego.

Así repetían, resignadamente, en respuesta a las continuas y agudas preguntas del pequeño. Y acaso fuera la pena que le produjo pensar que algún día habría de perder completamente la visión la que se llevó repentinamente a aquella infeliz criatura una mañana novembrina en la que el cierzo pelaba las hojas de los árboles, derribaba chimeneas y corría papeles por los rincones.

Lo diré con crudeza: En una familia normal aquello habría, quizá, representado una liberación, un consuelo explicable bajo el hipócrita: " ¡Mejor! ¡Así no sufrirá el pobre!" Pero en esta familia ocurrió al contrario: lo consideraron, ahora sí, una pérdida irreparable, porque "de ancianos, que ese camino llevamos, ¿quién nos ayudará a vender

iguales? ¿Quién saldrá a la calle, a vender por nosotros, cuando las piernas nos flojeen y la cabeza no nos responda? ¿Quién...?"

Decidieron engendrar un nuevo hijo. En mala hora. Tan adversa fue su fortuna que el hijo les nació mongólico. ¿Por qué...? ¿Por qué se cebó nuevamente el destino con aquella desventurada familia que era la viva imagen de una Sagrada Familia maldita? Creció el muchacho y unió su sombra a la del inseparable par. Formaban ahora una trinidad, siempre juntos, unidos por la circunstancia, padeciendo calladamente, con resignación, su rosario de infortunios. Ella con su vestimenta negra y sus alpargatas de cintas, los ojos glaucos y vacíos. El con un ojo completamente sellado y el otro pitarroso. El niño llegó a los quince o a los dieciséis con la eterna amarga crispación del adulto apresado por la infancia: la boca temblona, constantemente abierta y sin más signos de actividad que los lamentos, los alaridos o la risa incontrolada; las manos apelmazadas, torpes, mantecosas; la lengua larga, afilada, rojeante y babosa; la nariz, ancha, aplastada, abierta; el pelo lacio, negro; los ojitos... Los ojitos los tenía grandes. Sí. Grandes, redondos, enrojecidos, llenos de luz. Sí. De luz y de visión. Pero faltos de vida y de rumbo: desvariados.

Le llevaban siempre de la mano, firmemente, para que no pegase a los niños menores ni rompiese las lunas de los escaparates ni se echase bajo un coche; le llevaban siempre prendido, con firmeza, autoritariamente, a pesar de lo cual, daba brincos y cabriolas, accionaba tontamente, gritaba, reía o lloraba mientras caminaba por la acera, y, de pronto, sacaba la lengua a su propia cara reflejada en un escaparate, riéndose acaso de aquella desventura que era su imagen, su pobre imagen. Le llevaban sujeto, maniatado a veces, para que su incordura no jugara al trío una mala pasada... Los adultos ponían la razón y el niño su vista errada. Los tres se complementaban. Lazarillos unos de otros. Ahí residía, sin duda, la fuerza que aunaba a aquella sombra única, sombra trinitaria, de aquellas tres almas en pena que entraban y salían de los bares murcianos llevando siempre a flor de labios su eterno pregón:

— ¡Cómprame Vd. el remate, jefe, son diez iguales, el sol y la paloma! ¿Quién me los compra?

El pequeño prendía, arañaba, tiraba de la ropa a la gente y luego, al recibir una regañina, se quedaba mirando mansamente al vacío con sus pupilas turbias. Si alguien, por error, se atrevía a mirarlas sentía de inmediato pena, esa pitié dangereuse de que escribió Stefan Zweig, si no otro sentimiento más inconfesable, y volvía prontamente, molesto, la cabeza. Y es que los sanos de cuerpo —seguramente sólo de cuerpo— nunca aprenderemos a soportar a los enfermos. Había que ver al pobrecillo mongólico cuando alguien le daba una rosquilla. La prendía fuertemente con una mano, avariento, se la llevaba con tenacidad de ave de rapiña hasta el pecho, protegiéndola, y entonces enseñaba sus dientes torcidos y montados en señal de defensa. Así con aparente enemistad, agradecía el pobrecillo las dádivas. Luego emitía un ronquido. Era la exteriorización de su júbilo.

—Perdone —se excusaba, por él, la madre— es que la criatura no está en su juicio.

— ¿Cuántas tiras le quedan?

— Cinco, buen hombre.

— Ande, démelas y váyanse ya de recogida.

Un día dejamos de verles, desapareció la sombra trinitaria. ¿Qué había sido de ellos? ¿Acaso se preguntó alguien en la ciudad qué había sido de ellos?

Hablar de los ciegos murcianos es una invitación al puchero, a la congoja, a la melancolía. ¡Qué tristemente pródiga ha sido siempre la ciudad en ellos! ¡Quizá en descargo de conciencia quiere hoy la ciudad ser pionera con su banco de ojos! (Banco al que aquí y ahora ofrezco gustoso los míos —lamentablemente astigmáticos y miopes— por si de algo han de servir a alguien cuando a mí ya no me sirvan). Un banco de ciegos siempre habría resultado un triste pero floreciente negocio, porque las crónicas de los invidentes se remontan a los primeros tiempos de la ciudad. Lo cual no es excepción nacional, sino regla. Porque nunca faltaron, por desgracia, ciegos en este país nuestro de videntes y visionarios. ¿Vieron acaso, ellos, los ciegos, los cielos abiertos cuando la venta de iguales les retiró del hurto, de la mendicidad, de la pedigüeñería? Es posible. Porque vender es un oficio noble, honrado y remunerativo, mientras que pedir siempre se consideró una lacra social, un mal oficio.

El caso es que la sociedad vidente —que se asusta de esa otra parte suya deforme, tullida, pobre— ingenió, corno lavatorio de conciencia, el ofrecimiento a los invidentes de un oficio a tenor con sus condiciones: vender iguales. Labor que, en principio, no requiere de aptitudes especiales, excepción hecha de la voz, que ha de ser fuerte y sonora, y de la perseverancia, que ha de rayar en pesadez supina, en machaconería imparabile.

Lector: ¿Qué culpa tiene la cigarra de que el sol haga enloquecer sus élitros?

Murcia: Calle de Riquelme. Cualquier día del próximo pasado. Once de la mañana. Comienza, con perdón, la romería de los ciegos, los cojos, los mancos, los ... ¡Ay, qué desazón, qué algarabía, qué murmullo de cigarras asoladas el suyo...! ¡Qué bullicio de gentes que suben y bajan, van y vienen, colocándose las tiras revueltas, manchadas ya, grasientas, prendiéndolas con un alfiler al delantal, o al peto del mono o al bolsillo superior de la americana con una pinza de las de colgar la ropa! ¡Qué arpegio, en fin, de voces roncadas al asalto de la esquina callejera!

En su sede social ONCE (Organización Nacional de Ciegos Españoles) recogen las tiras asignadas y empiezan, con ellas por banderola, a desfilar rumbo al puesto más propicio. No falta quien lleva su propia silla en la que poder enclavarse, o quien dispone de una banqueta plegable, o quien se vale de un perro blanco, grande y garrapatoso, como guía, o quien bastonea los cantos de las aceras y de los escalones para no caer en un abismo aún más profundo de aquel en que ya se encuentra, o de quien enarbola el bastón —sus ojos, su cara vidente— en mitad de la calle para hacer frenar a los coches, cuyo chirriar de ruedas asusta a cualquiera menos a él, al invidente, que vive en un continuo ay, en un inasustable susto... Por una y otra calle van, en suma, distribuyéndose las aguas encrespadas de los vendedores de iguales, cigarras que alzan al unísono sus voces quebradas y ásperas, sus voces reclamadoras de ayuda, sus voces propiciadoras de venta...

— ¡La Dama y El Niño, el Arpa, la Revolución...! —Cuarenta iguales para hoy. ¿Quién me los compra?

— ¡Que va a tocar, que va a tocar...! El Demonio, quién quiere el demonio?

— ¡Carapato, carapato, me queda el pato...!

Van unos camino de San Nicolás. Otros quiebran por la cuesta de la Magdalena, donde no alcanzan a ver a las furcionas más madrugadoras, enseñadoras de cachas desnudas y desvergonzadas. Los más atraviesan la calle Junco y ganan la plaza de las Flores, encrucijada de esquinas muy propicias para la venta. Los menos se detienen en la taberna de "Pepico el del Tío Ginés" donde se aclaran el galillo con un corrental de tinto y reparan el hambre con un panecillo de molcón guarnicionado con tabillas tiernas. En la Docta Casa, los vendedores de iguales hacen números y quinielas, juegan a los dados, aventuran cábalas, pronostican, concilian ideas, comentan asuntos del oficio, discuten de fútbol y de toros —de lo que saben, claro, más que nadie—, conversan de lotes y asignaciones, intercambian tiras, se reparten cambios de moneda, calderilla, ríen, cantan, beben, gritan, alborotan, miran al camarero con su vista vacía pero templada; errante pero escrutadora; expectante, pero confiada.

—Anda, echa otro chatico, a ver si se me aclara la mañana.

A ver. La mañana comienza a aclararse para el ciego cuando éste vende las primeras tiras; que en el parvulario del gremio yace soterrada la superstición de que hay que pescar pronto a alguien que compre, aunque sólo sea un número, que si no, ¡quién asegura que no vaya a acabar torciéndose el día, haciéndose gris, aún más gris!

Hay en el gremio vendedores de esquina, vendedores de taberna, bar o ventorrillo, vendedores de barriada o de carriles huertanos, vendedores de puesto fijo, vendedores errantes, vendedores de silla de rueda, de pierna amputada, de brazo en cabestrillo, de vista nula o parcial; todos ellos vendedores de iguales, recitadores, pregoneros:

—Me queda el abejorro, el abejorro, el abejorr0000... —La vieja, el piojo y la pipa, ¿quién me compra la pipa?

— ¡Tu padre, te va a comprar la pipa, vieja verde!

Así grita, desde la esquina un colega algo quisquilla.

— ¡Calla, tú, maricón! —Puede ser una réplica piadosa de gitanilla, seguida del redoble—: la pipa, ¿quién me compra la pííípa?

Las Cuatro Esquinas bullen a mediodía con el retablillo ilusorio de los números animados, hechos imagen: " ¡La puncha, la niña bonita, el ramillete, el cólera, la bacora, la poma, espada y daga, la figa...! ¿Quién me lleva la figa?" En la esquina de la Alegría de la Huerta canta una vieja desaliñada que porta a un pequeño en brazos:

—Me queda la comperdón, el albaricoque y el marrano. En la esquina del Blanco y Negro replica el hombre que oculta su ceguera tras unas gafas ahumadas:

—El escapulario, la galera, el fraile y las monjas, el rosaaaario... ¡llévese el escapulario que le doy la suerte!

—Ocho mil duros, ¿A quién se los doy? —ofrece un paralítico desde su silla de ruedas.

—Va a caer la bacora... ¿Quiere Vd. la bacora, señorito? Cómpremelo que va a caer —insiste la vendedora manca, y deposita con su muñón las tiras en el bolsillo superior del hombre que cruza, apresurado, la Trapería.

—Deja que no llego a tiempo, que me llevan la letra al notario.

— No sea así, señorito, que mire que le ofrezco la suerte, es la suerte, diez mil pesetas de premio.

La mujer sigue al hilo del hombre, le ofrece su mercancía, le tienta, le pone el premio ante los ojos, se lo hace entrar por el oído.

— Mire que alegrón se va a llevar su mujer si le cae el premio. Ande, señorito, no sea de aquí, llévese la bac0000ra.

— Dame una tira, anda, y déjame ya en paz, puñetas.

—¿Una na más, serorito? Ande y no sea malange, llévese dos, señorito. —Los ojos de la vendedora se cubren de intención rogativa, su rosado muñón es un incuestionable argumento de venta. La vendedora manca tiene en la tenacidad su mejor arma; invade los bares, las cafeterías, las entidades crediticias, y se vale de su única mano enteriza para embutir las tiras en los bolsillos de los clientes, allí las pone y las deja reposar un rato, paciente, a fin de que el comprador en potencia se vaya haciendo a la idea de quedárselas, de comprarlas para deshacerse del tenaz cerco de la vendedora manca.

Pacheco arrastra el hombre su abultada, su descomunal, su mastondótica potra por las oficinas bancarias, entra y sale por pasillos y antedespachos, como Perico por su casa, oferta en las ventanillas, franquea los despachos directivos, ofrece, canta, reclama desde los mostradores de recepción:

— Carapato, carapaaato, me queda el paaato, ¿quién quiere el paaato?

Pacheco tiene en el pato su estribillo. Lo pregona con gracia y machaconería; todos los días a la misma gente, tal es así que algunos han acabado suscribiéndose al número de por vida, porque resulta además que Pacheco da a menudo la suerte, por eso hay quien dice, no poco torcidamente, que Pacheco tiene mucha potra. El no hace caso, ni pizca, a la maliciosa alusión a su defecto físico; al contrario, sonrío, desinteresado, desentendido con gesto de niño grande, aunque no es infrecuente que sus ojos bondadosos se llenen de pesar cuando lo embroman. Sin embargo, la vista nunca se le quiebra; la voz, tampoco:

— Carapaaato, carapaaato, cómpramelos, jefe, que na más me quedan dos tiricas.

En la Viña Bar, los vendedores de iguales se toman un par de chatos con "torraos" y varias empanadillas de baca-lado frito antes de recogerse.

Pero su ausencia no dura mucho tiempo. Sólo temporalmente. A la tarde vuelven, vuelven con más ansias, con renovadas fuerzas a ofrecer su mercancía: las tiras de números.

—Me dé cinco del setenta y nueve —demanda una mujer sacándose unas monedas del bolso.

— ¿Esto qué es? —pregunta al cabo.

— El marrano, mejorando lo presente.

— Pues vaya coño número que ha venido a escoger.

— El de la sueerte, el de la sueerte, el ma-rraaaa-no —estridula el hombre mientras repasa con la yema de los dedos el canto de la moneda, los cantos de la moneda, unos cantos que se conoce, nunca mejor dicho, al dedillo.

Los ciegos —que, por lo general, no han leído, aunque sí informado, la picaresca— cuentan sus iguales con singular maestría, y sus monedas, y sus billetes, que la vida les ha enseñado a no fiarse de nadie ni de nada, que donde más se confía antes salta la sorpresa del tunante, del desaprensivo, del parásito de desvalidos.

Mediada la tarde, las esquinas de Murcia bullen: Puente Viejo, Plano de San Francisco, Cuatro Esquinas, Trapería, Plaza de las Flores, Plaza de Santa Isabel... Es, sí, un movimiento centrípeta que partiendo de la periferia va acercan

dose, cercando cada vez más, como si la voz de los pregoneros quisiera abrazar a la ciudad camino ya de la calle de Riquelme, donde habrán los vendedores de devolver lo sobrante y ver qué cae. Pero mientras llega la dicha hora, las voces avanzan barriendo las calles, apuntando al centro, abarcando todo establecimiento donde se pueda vender algo: una tira, un número suelto... Y a medida que pasa, infructuoso, el tiempo la voz se hace cada vez más seca y fuerte y ronca. Es la hora de los remates.

— Me queda el remaaate, tres tiriicas del remaaate. Cómpreme el remate, señorito.

— El matrimonio, dos tiricas del matrim000nio... ¿Quién me compra el remaaate?

La alusión al remate mueve a compadecimiento. He aquí una palabra abracadabristica, inventada por los vendedores de iguales para convencer a sus prójimos.

— Deme las dos tiras, venga. ¡Total, duro arriba duro abajo!

— Ya verá como le toca.

El vendedor marcha con su silla al brazo, silente, ya ha vendido el remate. Pero apenas doble la calle volverá a sacar otras dos y gritará de nuevo:

— El remaaate, me quedan dos tiras del matrim000nio, ¿Quién quiere el remaaate?

Las voces son tanto más agoreras y amargas y extentóreas cuanto menos se ha vendido y más se aproxima la hora de rendir cuentas. Hay entonces que gritar más, con redoblado esfuerzo, a ver si en un momento se logra sacar más partido que en todo el día.

— Ande y llévese el remate, oiga, que le va a tocar.

La calle de Riquelme es un hervidero. Cuestión de suerte, que suerte venden: Unos han vendido mucho, otros poco, otros regular. Todos gritan al unísono, creciéndose, metiendo el pregón propio entre el de los otros pregoneros:

— El escapulario, el jarro de mear, el arroz, la muerte, la agonííííí.

— Las mamellas. ¿Quién me compra las mameeellas?

De pronto, se hace un silencio absoluto, ruidoso y no es contradicción, sepulcral. Es la hora, el momento del sorteo. La suerte está en el bombo. La bola corre. Habrá

algún rezagado que no haya podido llegar a tiempo y que llevará los dedos en cruz y una oración en la boca pidiendo que caiga alguno de los números que guardan, que no ha podido vender ni devolver, que de no ser así habrá arriesgado en el juego los duros que destinaba a pagar la cuenta de la tienda. Otros no dejan de echar algún numerico suelto para tentar la propia suerte. Pero los más no juegan: han aprendido a tiempo que es ruinoso, que lo suyo es vender la suerte, no quedársela, porque la suerte de los demás es la suerte propia, por esto, qué gran verdad, cuando cantan el número ponen el oído en guardia, todo el cuerpo alerta:

— ¿Qué ha salido?

— El borracho, el 91.

— Lo he dao yo en la calle del Trinquete. ¡Lo que son las cosas! No me lo querían tomar. A punto estuve de quedármelo. ¡Jodía gente, les das la suerte y la desprecian!

Poco a poco la camarilla de vendedores de iguales se va diluyendo. Las familias se reagrupan y marchan unidas, complementadas, en sus impedimentos: los esposos, los padres y los hijos, los novios, los amigos a tomar una copa en cualquier taberna. Y los que han dado el premio, afortunados mortales, se permiten pasar por Casa Barba a tomarse unos pastelicos de carne, una empanada, un buen plato de olivicas partías y alguna que otra pelotadefraile.

— ¡Ponlas otra vez, qué pijo, que mañana cuando les miente lo del premio seguro que me dan la buena propina!

Buena propina, seguro, y nueva venta a cuenta del premio. Y fama además de dar la suerte, que es artilugio que ayuda mucho a vender y que acredita en la profesión.